

Contra el orden establecido

(Asedios a la palabra de Marco Aurelio Denegri)

Escrito por

Peter Cueva Asencio

Aunque parezca paradójico, este ensayo no está escrito tanto desde el punto de vista de un hombre de letras como de un televidente. Uno que en medio del mas sordo oscurantismo televisivo formó parte de la teleaudiencia de *La función de la palabra*. Su conductor, Marco Aurelio Denegri Santagadea (Lima 1938 – Lima 2018), hombre brillante, se desempeñó en otros campos de la actividad humana —desde la traducción hasta la gallística— pero aquí solo nos interesa su faceta de teleasta subversivo, contracultural. En ese sentido, el autor de este ensayo no pretende conocer de nuestro personaje más de lo que conoce cualquiera de los que fueron sus asiduos televidentes.

De hecho, este ensayo tiene su origen en el rescate que su autor hizo hace poco de cierto material audiovisual grabado varios años atrás, entre el 2002 y el 2003. Así, en el canal de *Youtube* que el autor creó para publicar el contenido rescatado, la figura principal es Marco Aurelio Denegri. Y aunque este último en muchas de sus declaraciones era duro, muy duro, con respecto a la especie humana y su futuro, ahí estaba él empeñado como pocos en ofrecer sus luces al pobre televidente peruano y denunciar la estulticia que hacía con este la caverna televisiva. “Pesimismo de la razón y optimismo de la voluntad” como sostenía el gran marxista italiano Antonio Gramsci.

En cuanto a la estructura de este ensayo, la misma se divide en seis partes, a saber: La función de la palabra, La palabra en disputa, El hombre contra sí mismo, En la encrucijada del drama peruano (y latinoamericano), ¿Qué hacer? y Marco Aurelio y yo. La primera parte tiene un carácter liminar y ofrece algunas luces al lector sobre la figura de Marco Aurelio Denegri como conductor del programa *La función de la palabra*. En cuanto a las cuatro partes que siguen, estas responden a la misma dinámica: a propósito de una declaración o referencia de nuestro conductor, el autor de este ensayo desarrolla un argumento de carácter político y social (cuando no contracultural). La última parte, en cambio, es una especie de testimonio en torno al contacto personal que tuvo el autor con Marco Aurelio Denegri.

Por cierto, el canal de *Youtube* se llama MadContracultura

La función de la palabra

Con la pandemia, y la cuarentena que trajo consigo, la actividad en la web se multiplicó exponencialmente. Confinados de golpe, casi todos nos volvimos usuarios asiduos de la web y, de hecho, no solo demandamos los contenidos de la misma, sino que además hubo quienes crearon su propio contenido y empezaron a difundirlo. Así, canales de toda laya surgieron de golpe, si bien no pocos cesaron su actividad con el fin de la cuarentena.

Con todo, esta última permitió la consolidación de muchos canales que ya existían antes del 2020 y la profusión de otros nuevos. Y, claro, no faltaron quienes osaron adaptar al medio vertiginoso de la web una propuesta de tipo cultural, uno o dos puntos más elaborada que las otras (la web no admite mucho más). Hoy por hoy, la oferta en este campo es diversa y es posible encontrar animadores o divulgadores culturales de los más distintos estilos y temas. Allí están los llamados *booktubers* y los *bookstagram* como claro ejemplo de este fenómeno.

Sin embargo, hubo en el Perú una época, no muchos años antes de la pandemia, en la que no había alternativa al imperio de la televisión. Entonces, como ahora, la televisión comercial de alcance nacional era una especie de inmensa caverna mediática penetrada de su propia hez (la hez del sensacionalismo, el amarillismo y la brutalidad). ¿Será preciso inferir pruebas o ejemplos de esto al lector peruano? Solo tiene que encender su televisor y sintonizar un canal nacional de señal abierta –incluidos los canales noticiosos– y verlo con ojo crítico, si cabe.

Naturalmente, la gran mayoría no lo ve de ese modo; mucho menos es consciente del riesgo que conlleva el habituarse y solazarse en esa hez televisiva: extraviar su conciencia y acabar convirtiéndola en una especie de conciencia fósil.

Y, aunque parezca extraño, aquí solo hago mía la voz de alerta que durante años oí surgir de la propia caverna. “El latido de la vida exige un intersticio, apenas el espacio que necesita un latido para seguir viviendo”, señala Ernesto Sábato en su libro *La resistencia*;

pues del mismo modo esa voz bienhechora parecía surgir de un minúsculo intersticio en la caverna. La voz de un hombre solo, literalmente solo, ante la cámara, pero que hacía de su palabra, culta y elocuente, una función de lujo para los pobres televidentes peruanos: ese hombre se llamaba Marco Aurelio Denegri.

Realmente, Denegri nunca precisó de más: él solo se bastaba para sostener una hora de programa ante los ojos de su teleaudiencia, salvo cuando tenía un invitado especial y su miscelánea habitual daba paso entonces a una entrevista. El programa se llamaba *La función de la palabra* y se transmitía una vez por semana, ya entrada la noche, por el canal del estado peruano. Ni que decir tiene que esa teleaudiencia nocturna no era mucha, pero a Denegri esto le tenía sin cuidado. De hecho, jactándose de la poca sintonía que tenía su programa, llegó a decir que sus seguidores constituían una “inmensa minoría”. No solo eso: llegó a jactarse también de que *La función de la palabra* no contase con auspiciadores. Y aunque no es imprescindible que un programa de la televisión pública los tenga, ninguno deja de contar con ellos. ¿Cuál era el problema de los auspiciadores con *La Función de la Palabra*? ¿Solo su escasa sintonía?

Lo cierto es que los auspiciadores concurrían a la caverna con sus miles de dólares, pero no paraban mientes en ese programa estrafalario conducido por un anciano estrafalario. En ese sentido, nuestro anciano estrafalario no dudó en romper lanzas con el *establishment* televisivo. “El día que este programa tenga auspiciadores –manifestó durante una emisión de *La función de la palabra*– ese día empezaré a preocuparme ya que eso indicaría que este programa ha claudicado en su ánimo contestatario, subversivo, contracultural”. Como siempre, Denegri fue de suyo elocuente al decir esto mientras miraba directamente a la cámara.

¿Y sobre qué temas disertaba nuestro conductor en su programa? Como indica el título de uno de sus libros, *De esto y aquello*, cada semana Denegri desarrollaba una miscelánea cultural (o contracultural) donde abordaba los temas más variados: desde la culinaria o la fotografía hasta el psicoanálisis o lo paranormal. Sin embargo, con ser estos muchos y de muy distinto tipo, había algunos que ya eran los tópicos estelares de su programa, a saber: la condición humana, la contracultura, el sexo, el amor, la religión, la literatura, la telebasura y dos o tres más. Todos eran abordados con un enfoque crítico y

algunos, incluso, a contramano del discurso hegemónico que resonaba en la propia caverna. Ni que decir tiene que esta última fue objeto de la crítica y la denuncia solitaria de Denegri hasta el último de sus programas. Su palabra entonces se encendía: “telebasura”, “televisión vómito”, “televisión excrementicia”, fueron algunas de las expresiones que usó para aludir a lo que aquí, menos literalmente, hemos llamado la caverna. ¿Qué pasaría si estas expresiones, en lugar de salir de la boca del conductor de un programa de ínfima sintonía, salieran de la boca de un político con opciones de llegar a la presidencia?, ¿no despertaría esto las iras de la caverna?, ¿no se ensañarían estas con el político en cuestión?

Las iras de la caverna, vale decir, su poderoso brazo bélico: la gran prensa corporativa.

Ahora bien, no pocas veces tales tópicos fueron objeto de un dialogo fructífero entre Denegri y algún personaje invitado al programa y que, dada su formación o experiencia, podía aportar ciertas luces al respecto. De hecho, de las muchas ediciones que tuvo el programa en sus más de quince años de existencia, la más sonada consistió en una entrevista. Hecha al reputado periodista Cesar Hildebrandt, otro crítico acerbo de la caverna, esta se emitió en diciembre del año 2015 como una edición especial por el final de la temporada. Y fue tal la expectativa que en su momento concitó este encuentro que el anuncio del mismo trascendió a la web en forma de un *hashtag* que durante unas horas se tornó viral entre los usuarios peruanos: Denegri-Hildebrandt-el-verdadero-poder-de-la-fuerza (esto a propósito del estreno de una precuela de la saga *Star Wars* que tenía lugar por esos días). El tema del que trataron: la telebasura.

Defenestrado de la caverna desde hacía años por su independencia periodística, Hildebrandt volvía por una hora a esta como invitado de quien sobrevivía ahí a contrapelo de todo: entre ambos alentaron una especie de fuego prometeico, uno de los últimos en arder antes de que sobreviniera la oscuridad y la hez total. Y es que, si bien esta edición del programa tuvo un carácter consagradorio y hasta vindicativo, no menos cierto es que no le quedaban muchos años más al aire: el semblante de su conductor acusaba cierta aire cansino y enfermizo propio de su avanzada edad. Menos de tres años después, el 27 de julio del 2018, Marco Aurelio Denegri moría de un enfisema pulmonar. Tenía ochenta años de edad.

Ahora bien, de los tópicos mencionados, el único que trascendió por chistes y rumores al gran público y le granjeó una fama más bien equívoca a Denegri, fue el sexo. Sin embargo,

este no era ni pretendía ser un sexólogo. ¿Qué era o que oficio ejercía entonces? En sus propias palabras, él solo ejercía el oficio del pensamiento. Y si era preciso definirse formalmente decía que era un polígrafo, un bibliófilo y un audiófilo, y pare de contar. Ni siquiera se asumía en primer lugar como un conductor televisivo. Y, sin embargo, he aquí que algo tan venido a menos entre nosotros –la palabra– alentaba en él con un brío, una propiedad y una entereza insólitas en la caverna.

La palabra en disputa

De todos los nombres ilustres que conocí por boca de Marco Aurelio Denegri, quizá ninguno concitó tanto su admiración y elogio como el de Noam Chomski. Ocurrió –si mal no recuerdo– a propósito de la valoración que hizo de un libro de este último, publicado originalmente en el año 2000: *Estados Canallas (El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales)*. Lingüista y activista político estadounidense, el autor era un crítico feroz de la política exterior de su país, un estado al que en su libro no dudaba en calificar de canalla. Así, Denegri no solo mostró el libro y presentó a su autor como un intelectual de primer orden y “una de las mentes más lúcidas de nuestro tiempo”, sino que, a modo casi de chanza, lo comparó con Mario Vargas Llosa: en un plano intelectual, este último no tenía nada que hacer frente al autor de *Estados Canallas*, nada. El juicio de Denegri era terminante.

Era el año 2002 y la comparación, por cierto, no era arbitraria, ni inocente.

Con la llegada del nuevo milenio, Estados Unidos inició en Afganistán una espiral bélica que con los años involucraría a casi todo el Medio Oriente. El pretexto original consistió en responsabilizar a los talibanes afganos del atentado contra las torres gemelas, perpetrado en setiembre del año 2001. Desde entonces el país de la libertad siempre halló algún pretexto –las armas químicas en Irak, por ejemplo– para escalar el conflicto en el Medio Oriente con su secuela de miseria, destrucción y muerte.

En Latinoamérica, salvo la oposición de Cuba y Venezuela, todos los países secundaron servilmente la ofensiva militar yanqui y algunos incluso, como Argentina, pusieron a disposición sus efectivos militares. Era octubre del año 2001 y si bien el Perú no ofreció tropas como su vecino del sur, sí formó parte de la comparsa pro estadounidense: no en vano tenía entonces como ministro de economía a un ciudadano de ese país: Pedro Pablo Kuczynski Godard, un sicario económico.

Ministro del gobierno del presidente Alejandro Toledo, Kuczynski Godard no había propiciado la orgia neoliberal en el Perú durante el régimen dictatorial de Fujimori, pero sí fue el responsable de continuarla y apuntalarla luego, bajo una apariencia democrática. El

dictador, es cierto, ya no estaba, pero su constitución y en general las bases del modelo neoliberal estaban intactas: modelo de privatización de ganancias y socialización de pérdidas como bien lo define Chomski en su libro *Estados Canallas*.

Años antes, Kuczynski Godard había sido asesor económico del candidato presidencial Mario Vargas Llosa.

El eximio novelista, recordemos, desde muy joven abrazó el paradigma sartreano del escritor comprometido con su tiempo, y la problemática social y política del mismo es algo que suele trasuntar en su obra de ficción. En ese sentido, el primer epígrafe que figura en su primera novela, *La ciudad y los perros*, equivale a una petición de principio: es una cita textual de Sartre. Pero este paradigma no se queda solo en la ficción: una dimensión central del mismo es la acción o el activismo político.

Sin embargo, mientras que Sartre conjugó, aunque no sin problemas, la escritura y el activismo político de izquierda, Mario Vargas Llosa, en cierto momento, renegó de la escritura –como antes había renegado de su juventud izquierdista– y se lanzó como candidato a la presidencia del Perú por una opción de derecha “decente”. Esto ocurría en el año 1990. De hecho, de haber derrotado entonces a Alberto Fujimori en las urnas, su asesor económico, Kuczynski Godard, hubiera sido de los primeros en impulsar la orgía neoliberal en el Perú: tenía ya entonces una larga experiencia como sicario económico, vale decir, promoviendo el remate de los bienes públicos de países en vías de desarrollo, o sea, su privatización a mansalva. El propio Vargas Llosa cuenta en *El pez en el agua* como su asesor se ufanaba de semejante trayectoria ante el presidente de Brasil, Collor de Mello: Kuczynski Godard precisó incluso que tenía tanto trabajo que por ello solía trasladarse en aviones particulares: solo así llegaba a tiempo a los lugares donde requerían sus buenos oficios.

¡Cuanto más decididamente apoyó Mario Vargas Llosa al gobierno de Alejandro Toledo al saber que uno de los suyos estaba al frente del ministerio de economía! De hecho, no mucho después, Kuczynski Godard estaría al frente de todo el gabinete ministerial: durante su gestión, el estado peruano afianzó sus lazos con la constructora brasileña Odebrecht, iniciándose así la trama de sobornos conocida como Lavajato.

No resulta sorprendente: el dictador Fujimori no estaba, pero, insistimos, su constitución y en general las bases de su modelo corrupto estaban intactos, para no hablar de las cloacas del mismo, vale decir, lugares dentro del estado donde los esbirros fujimoristas operaban (y operan) impunemente. Acaso la división del aparato estatal en feudos infranqueables que solo responden a la inercia del modelo favorece esto último: el feudo del MEF, del BCR, de la policía, de las fuerzas armadas, etc. Lo cierto es que la llamada transición democrática fue un fiasco: no se eliminó al diablo, sino que se intentó exorcizarlo. Inútilmente, claro está.

Así, solo fue cuestión de tiempo para que el fujimorismo se recompusiera y estuviera en posición de disputar nuevamente la presidencia del Perú en los comicios del año 2011 (perdió ante el candidato Ollanta Humala) y luego en los comicios del año 2016 donde volvió a enfrentarse a otro candidato de la “derecha decente”: Pedro Pablo Kuczynski Godard, nada menos. Como su amigo novelista, el lobbyista y sicario económico de fuste tentó también la presidencia del Perú, salvo que él sí alcanzó su objetivo. “Sube, sube PPK” fue su lema de campaña en la segunda vuelta de los comicios presidenciales del año 2016 (la alternativa al ciudadano norteamericano era la hija del exdictador Fujimori, Keiko Sofía Fujimori). Sin embargo, esa vuelta de tuerca a un modelo que ya estaba agotado fue demasiado: entre la derecha “decente” y la fujimorista, precipitaron la crisis estructural del mismo y abrieron un periodo de ingobernabilidad política: en los próximos años, quien asumía la presidencia de la república lo hacía para ser defenestrado al poco tiempo de la misma.

¿Y Mario Vargas Llosa? Luego de su bluf como candidato presidencial, el amigo de Kuczynski Godard volvió a la literatura. Asumió de nuevo el paradigma del escritor comprometido y ya que no pudo impulsar la orgia neoliberal –en Latinoamérica y el mundo– como presidente de su país, lo hizo desde una de las dimensiones de este paradigma: el activismo o el debate político. En ese sentido, se volvió un intelectual orgánico no tanto de la elite peruana –no estaba en buenos términos con esta luego de comprobar su fujimorización– como de la latinoamericana y mundial. Así, Mario Vargas Llosa siguió escribiendo y publicando novelas de gran resonancia mediática, entre estas una obra maestra indiscutible: *La fiesta del chivo*, una novela histórica cuyo argumento gira en torno al asesinato de Rafael Leónidas Trujillo, célebre dictador de República Dominicana. Ocurría

esto en el año 2002. Seis años después, en el 2008, su autor alcanzó la consagración definitiva: fue laureado con el premio nobel de literatura. Y a diferencia de Sartre, el discípulo sí aceptó el galardón. Y, claro, no dejó de revolverse, en el discurso que ofreció entonces, contra los gobiernos progresistas de la región. Mas ¿qué había pasado en los últimos años en Latinoamérica para que el laureado desluciera su discurso con esas puyas bajamente políticas? Más aún: ¿por qué de un tiempo acá se le veía más viejo, huraño e intransigente en sus declaraciones políticas? Pues ocurría simplemente que con las primeras luces del nuevo siglo había irrumpido una nueva generación de líderes latinoamericanos de izquierda: Hugo Chávez, Rafael Correa, Evo Morales, Lula da Silva, entre otros. Todos ellos presidentes de sus respectivos países y opuestos, en mayor o menor medida, a la orgía neoliberal.

Bien mirado, el giro a la izquierda de la región ocurrió muy rápido y el novelista no pudo menos que desesperar de la voluntad de cambio e integración de estos recién llegados. Y cuanto más desesperaba, tanto más se asemejaba a un patriarca decadente y huraño. Pues, aunque el Perú se había salvado de caer bajo la “garra populista” —el tránsito democrático aquí, ya lo vimos, resultó fallido— el flamante nobel no aceptaba que esta se hubiese impuesto en otros países.

De esa nueva generación de líderes, Rafael Correa, presidente del Ecuador, era el de menor edad y, con Hugo Chávez, el más frontal y polémico: ambos tenían en su contra a la gran prensa de sus respectivos países, pero ambos, también, le salían al paso en su propio terreno o, mejor dicho, en el de mayor importancia: la televisión. “Aló presidente” se llamaba el programa que conducía Chávez y “Enlace ciudadano”, el que conducía Correa: cada uno se transmitía desde el canal público venezolano y ecuatoriano, respectivamente. Como Marco Aurelio Denegri en el Perú, aunque a distinto propósito, ambos líderes tenían una retórica única para expresarse ante las cámaras y dirigirse a su teleaudiencia: era su palabra contra la narrativa imperante en la caverna. Palabra encendida, polémica, que estaban dispuestos a sostener hasta el fin. “¡Moral y luces, que la palabra sea inspiración para el ímpetu del poder popular!”, reza, por cierto, un lema del gobierno bolivariano.

Vencidas en las urnas, la derecha ecuatoriana y la venezolana cedían su protagonismo político a la gran prensa corporativa: esta con su variedad de recursos de manipulación minaría el apoyo popular de ambos presidentes. Estaban seguras de eso: solo era cuestión de

tiempo. Sin embargo, el tiempo pasaba, ecuatorianos y venezolanos eran convocados nuevamente a las urnas y el oficialismo seguía cosechando nuevos triunfos electorales. Y de forma tan contundente que a la derecha no le quedaba más que reconocer su derrota. ¿Cómo era posible que algo tan venido menos –la palabra de un líder político– alentase con semejante brío y conectase de ese modo con el pueblo? En realidad, en ambos casos, eran la palabra y, no menos importante, la acción del líder, reforzándose mutuamente en una dialéctica inmarcesible.

Por último, las fuerzas conservadoras de cada país apelaron a la fórmula de emergencia: el golpe. Y la historia de Latinoamérica nos demuestra que en esta fórmula el factor mediático es gravitante: la gran prensa no solo arrecia con la siniestrosidad, sino que espolea particularmente el “gorilismo” latente en las fuerzas del orden, vale decir, sus tendencias facistoides.

En el caso ecuatoriano, el momento culminante de la fórmula empezó con un motín cuartelero de la policía. Era setiembre del año 2011 y el presidente Correa ni bien se enteró de lo ocurrido, y antes de que la sublevación se extendiera al resto de la policía, se presentó con su escolta en el cuartel de marras a fin de dialogar con los sublevados. Estos, sin embargo, ni siquiera lo dejaron entrar: su negativa a entablar cualquier tipo de diálogo con el propio presidente de la república era poco menos que irracional. Sí, se sabía que lo acusaban de impulsar una reforma policial que afectaba sus intereses, pero esa negativa ¿ayudaba en algo a resolver el problema o más bien lo agravaba? Y el problema, de hecho, se agravó hasta la agresión: desde el cuartel de los sublevados, se lanzó una bomba lacrimógena contra el presidente Correa: este se había dirigido a los uniformados a través de un altavoz a fin de explicarles que, contra lo que ellos creían o se les hacía creer desde cierta prensa, la reforma en cuestión no perjudicaba su escalafón salarial. Pero ya la bomba estallaba a unos centímetros del presidente; ya este, alcanzado por el gas, se desvanecía y era llevado semiinconciente por su escolta a un hospital vecino; ya el gorilismo de los policías se desbordaba y tomaban el hospital en cuestión a fin de ultimar al presidente.

Ese día, el presidente del Ecuador estuvo a punto de caer asesinado a manos de la propia policía ecuatoriana.

Sin embargo, lejos de amilanarse, Correa resurgió del fallido atentado aún más convencido de impulsar hasta el fin los cambios que requería su país. Y, claro, estos no eran del agrado de la elite ecuatoriana y, por extensión, de la latinoamericana. ¿Cómo se atrevía ese alfil de Hugo Chávez a pensar siquiera que podía gravar con un impuesto las utilidades de los bancos privados para financiar sus programas de asistencia populista? Y fue contra esta medida en particular que cerraron filas los jefes de la banca latinoamericana durante una asamblea del Feleban (federación de bancos latinoamericanos) que tuvo lugar el año 2012 en el Perú. Sin embargo, ¿acaso no seguía registrando la banca privada ecuatoriana grandes utilidades con el gobierno “comunista” de Correa?, ¿acaso no le había favorecido la estabilidad política que alcanzó el Ecuador con el triunfo de la Revolución Ciudadana luego de los cinco años de ingobernabilidad anterior (siete presidentes se sucedieron en ese periodo)? ¿De verdad la banca estaba mejor con el modelo que había ocasionado esta crisis de ingobernabilidad? Probablemente sí: no en vano había sido rescatada con dinero público durante un episodio especialmente álgido de la crisis. Conocido como el “feriado bancario”, dicho episodio ilustra bastante bien el juicio de Chomski sobre el neoliberalismo: modelo de privatización de ganancias y socialización de pérdidas.

Lo cierto es que los jefes de la banca latinoamericana no solo adoptaron una postura recalcitrante con relación a la medida impulsada por Correa, sino que su asamblea ese año tuvo como anfitrión y ponente de honor al patriarca de las letras peruanas: Mario Vargas Llosa. Ni que decir tiene que este no los defraudó: enseñoreándose de la indignación de su auditorio, la emprendió contra la medida e incluso calificó al presidente Correa de “gobernante cangrejo”. Sin embargo, ¿cuántos de los banqueros allí presentes habían leído algo de su obra literaria? ¿Cuántos habían leído *Conversación en la catedral*, *El paraíso en la otra esquina* o *El sueño del celta*? ¿Muchos, pocos, nadie? Lo cierto es que a quien ovacionaron todos ellos no fue tanto al autor de esas obras como al cruzado intelectual del neoliberalismo. Pero ¿cómo puede este último ser el autor de obras con un marcado contenido social como las citadas? Pues si bien ambas dimensiones –la escritura y el activismo político– responden al mismo paradigma del escritor comprometido, ¿cómo pueden ser tan contrapuestas?

El propio Rafael Correa, aun en sus declaraciones más ácidas contra Vargas Llosa, no deja de subrayar el talento literario de este último. En su fogosidad política, el líder ecuatoriano encuentra estimulantes algunas novelas de Vargas Llosa, ¿es por qué el compromiso que trasciende de ellas –un compromiso con la realidad latinoamericana- es afín al suyo? De hecho, en un video publicado, no hace mucho, en una red social, el expresidente Correa no tuvo problemas en recomendar la lectura de *La fiesta del chivo* y en anunciar que leería *Tiempos Recios*: ambas novelas tributarias de dos episodios álgidos de la historia política latinoamericana. ¿No dijo el propio Mario Vargas Llosa en una ocasión que Honoré de Balzac, el gran escritor francés, podía ser reaccionario, pero que su literatura era más bien revolucionaria?

Aventuramos un pronóstico: la dimensión literaria de Vargas Llosa sobrevivirá a la política-intelectual y, dentro de algunas décadas, no será difícil para quienes abrazamos el horizonte del cambio social y el ideal de la Patria Grande reconocer en él a uno de nuestros mejores novelistas comprometidos.

El hombre contra sí mismo

Más de una vez en su programa, Marco Aurelio Denegri alertó sobre las funestas escaladas mundiales que afligen hoy a la humanidad. Ninguna –enfaticaba él– tenía más de medio siglo de historia. Ninguna: ni la destrucción ecológica, ni el aumento generalizado de las enfermedades tanto físicas como mentales, ni el aumento de la violencia, por mencionar solo tres. Y entre estas destacó también alguna vez la escalada mundial de la creciente desigualdad económica. De hecho, comentando un importante libro de Erich Fromm, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, Denegri hizo notar que en este no hay mención alguna de tales escaladas por la sencilla razón de que su redacción fue anterior en el tiempo: el libro vio la luz en 1954. Sin embargo, sí era posible encontrar en sus páginas una anticipación de las mismas. Porque Fromm no precisó incorporar este fenómeno tardío en su análisis para concluir que la sociedad contemporánea estaba profundamente enferma. Y no en vano, años después, el mismo Fromm escribió y publicó otro libro con un título azas inquietante: *¿Podrá sobrevivir el hombre?* En efecto: ¿puede sobrevivir una especie con un diagnóstico tan crítico como el que Fromm formuló de ella en su momento y cuya historia desde entonces no ha hecho más que confirmarlo? Más aún: ¿es posible encontrar una solución a dichas escaladas bajo el actual modelo globoneoliberal de lucro, privatización y competencia?, ¿o es que el desafío global que estas suponen requiere más bien de una respuesta a la altura de un nuevo sentimiento de solidaridad, de comunidad humana?

En cualquier caso, durante la reciente crisis de la pandemia este sentimiento estuvo casi ausente. Y cuanto más en el Perú donde la creciente desigualdad económica hizo tanto más letal al virus: en ningún otro país del mundo, este cobró tantas víctimas, en proporción a su población, como en el Perú del neoliberalismo. La mayoría de estas víctimas formaba parte del sector de menos recursos de la sociedad peruana, el cual a su vez forma parte del sector de menos recursos de la sociedad mundial. Creciente precariado que se debatió entre violar la cuarentena, y exponerse al riesgo de contraer el virus, o sobrellevarla de puertas adentro mientras pastoreaba el hambre. Y, como no podía ser de otra forma, todos ellos, luego de unos días encerrados en sus casas, volvieron a medrar en las calles como antes de la cuarentena: las amenazas de sus respectivos gobiernos no los disuadió en lo absoluto.

Por otro lado, los privilegiados, se volcaban a los supermercados para aprovisionarse de ciertos productos importantes hasta agotar el stock de los mismos y acabar encareciendo su precio. Práctica que no pocas veces rayaba en el acaparamiento. Y los más privilegiados todavía, ni siquiera tenían que arriesgar un viaje al mercado o el supermercado: apenas se asomaban al umbral de sus casas para recibir puntualmente las provisiones respectivas de unas manos anónimas. Y no faltó entre estos quien se permitió un lujo adicional: tal fue el caso de un escritor limeño que hizo brillar a la luz de su pluma a su proveedor o recadero de marras. ¿Acaso podía merecer menos quien cuidaba que este buen escritor y su familia prosiguiesen con su tren de especias y viandas a pesar de la emergencia sanitaria? De hecho, en el sentido texto que este último subió a sus redes sociales, contó que el buen hombre faltó a su deber una semana y que en la familia del escritor se temió lo peor. ¿Había sucumbido también al virus ese hombre providencial y admirable? Pero ya tornaba este a aparecer la semana siguiente para alivio de quienes esperaban preocupados su regreso con las provisiones respectivas.

Sin embargo, no es mi intención llamar sobre este escritor la condena del lector, de ninguna manera. De hecho, no solo se trata de un eximio escritor cuyo libro de cuentos, *París Personal*, fue elogiado por el propio Denegri en su programa, sino que además en el medio literario se le tiene por alguien afable y discreto. Tal vez el error fue mío por seguirlo en sus redes sociales –en lugar de leer sus libros– y descubrirlo en plena y cómoda posesión de su privilegio de clase en una situación de extrema vulnerabilidad no solo para su recadero, sino para la gran mayoría de peruanos.

A propósito de viandas, años antes, Marco Aurelio Denegri había comentado en su programa cierto volumen de recetas culinarias de una distinguida dama limeña. Volumen de lujosa factura que incluía una declaración estupefaciente de la autora: según ella, Lima era una ciudad privilegiada donde todo está al alcance de la mano, empezando por los ingredientes de primerísima calidad que requerían sus exquisitas recetas. Luego de leer en voz alta dicha declaración, Denegri, limeño como ella, manifestó su discrepancia: “claro – comentó– alguien de la alta burguesía puede realizar semejante afirmación, pero ¿y quienes no estamos en ese nivel?

En realidad, la afirmación de la autora era y no era cierta: era cierta para la Lima más rancia y privilegiada y no lo era para el resto, ni siquiera para alguien de la pequeña burguesía como Marco Aurelio Denegri. Por otro lado, no se trata tanto de afirmaciones desafortunadas como de una verdad incontrovertible y que ya Sartre planteaba en los siguientes términos: en las sociedades capitalistas, el hombre es la medida de todas las cosas y a su vez el burgués es la medida del hombre.

Volviendo a la reciente crisis de la pandemia, se diría que esta fue reveladora del conculcamiento de dos escaladas mundiales: la de las enfermedades y la que tiene que ver con la creciente desigualdad social. Reveló además una verdad adicional, objetiva, a saber: las insuficiencias de las soluciones que ofrece el mercado en contextos de crisis. Ahí está el caso de las vacunas contra el Covid. El acceso a estas ¿no es cierto que fue más difícil y tardía para quienes contaban con pocos recursos? Y adicionalmente ¿no es cierto que el número de personas en esta situación aumentó en el mundo a raíz de la crisis de la pandemia?

Así, la injusticia del orden globoneoliberal imperante quedó en evidencia una vez más.

Pero, al señalar esto último ¿no incurrimos en una exageración o una deformación de la realidad? ¿Acaso no hay en curso un proceso de convergencia de los países emergentes con los países más ricos en términos de su participación en el PIB mundial? Los datos que aporta el economista Tomas Pikety en su libro *El capital en el siglo XXI* son bastante elocuentes a este respecto. Sin embargo, el mismo autor señala, en primer lugar, que dicha convergencia se da en términos no tanto del ingreso como de la producción: no hay una correlación inmediata entre ambos factores. En segundo lugar, muestra que, por parte de los países emergentes, es China quien lidera de lejos este proceso de convergencia con unas tasas de crecimiento muy por encima del promedio mundial.

El auge político y económico de China, es otro fenómeno reciente. Cuanto más reciente y repentino en un país que hasta no hace mucho tiempo atrás estuvo reducido al yugo del imperialismo occidental (episodios álgidos de esta situación fueron las llamadas “Guerras del opio” y “La rebelión de los bóxers”). En el libro ya citado de Erich Fromm, *¿Podrá sobrevivir el hombre?*, su autor sostenía que de todos los cambios que le había deparado a la humanidad el vertiginoso siglo XX, el de mayor importancia, y de consecuencias aún más

importantes para el futuro de esta, era la Revolución China. De pronto, ese gran polo civilizatorio que era la nación china, luego de tantos años de verse reducida al yugo del imperialismo occidental, afirmaba su soberanía e independencia absolutas. De hecho, en el curso de una entrevista que le hizo Marco Aurelio Denegri al sinólogo peruano Alfredo Dañino, este señalaba que recién desde 1949, año de la proclamación de la República Popular China, los chinos, después de mucho tiempo, volvieron a ser dueños de su propio país y de su propio destino. Y aquí cabe plantear una pregunta: los peruanos y los latinoamericanos en general ¿lo somos?, ¿somos de verdad dueños de nuestro destino?

Ahora bien, el auge económico de China recién ocurrió hacia 1980 con las reformas pro mercado impulsadas por Den Xiaoping. Autores como Acemoglu y Robinson en su libro *¿Por qué fracasan los países?* aducen esto último como prueba de la supuesta bondad del libre mercado. Sin embargo, más allá del crecimiento macroeconómico, no es seguro que dichas reformas hayan producido una elevación inmediata del nivel de vida de los más pobres. Eso es lo que sostiene al menos el nobel de economía indio Amartya Zen en su libro *Democracia y Libertad*: según él, el efecto inmediato de las reformas fue más bien negativo en el ámbito de la salud y la educación públicas. ¿Acusa desde entonces China en su seno las contradicciones del capitalismo globoneoliberal? ¿Hasta qué punto se puede hablar de esto último en un país de partido único y de economía si no centralizada, altamente planificada? ¿La reciente escalada global de la desigualdad compromete también el futuro de China? El fenómeno del gigante asiático aún está lejos de ser elucidado en toda su dimensión.

Volviendo al tema de la escalada global de la desigualdad, es un hecho de que esta existe y que, como señala Pikety, tiende a agravarse según se reduce la clase media global (esa anomalía histórica propia del estado de bienestar europeo) y todo vuelve paulatinamente a la situación del capitalismo patrimonialista decimonónico con su marcado abismo social entre ricos y pobres (y la pandemia no ha hecho más que acelerar dicho proceso). Ni que decir tiene que en Latinoamérica este abismo es una realidad crónica, estructural, histórica. Y quien quiera cambiarla es casi seguro que, antes, tendrá que enfrentarse al brazo bélico de la caverna televisiva: la gran presa hegemónica, celosa guardiana del statu quo.

De hecho, Pikety en su libro plantea algunas medidas que contribuyan a revertir la creciente desigualdad social. Dos de estas muy parecidas o afines a las que impulsó Rafael

Correa durante su gestión en la presidencia del Ecuador: gravar las herencias más grandes con un impuesto progresivo y castigar la apertura por parte de servidores públicos de cuentas en paraísos fiscales. Hoy por hoy, el presidente Correa no está preso como su correligionario Jorge Glas, pero sí exiliado. Tiene, para ser exactos, la condición de refugiado político en Bélgica. Volver a su país no es una opción para él: el estado allí ha sido reemplazado por una especie de tinglado corrupto montado sobre la sevicia y la traición. Tal es así que no tiene más objetivos que el de perseguir y aniquilar políticamente el partido de Correa, y a él mismo, y enriquecer a sus acólitos a costa del interés público. La gran prensa corporativa, por su parte, hace lo propio y se ensaña todos los días con el nombre del expresidente.

Y todo esto mientras el país anda a la deriva.

La historia de siempre en el Ecuador, en el Perú, en casi toda América Latina.

En la encrucijada del drama peruano

(y latinoamericano)

En otra miscelánea, Marco Aurelio Denegri hizo referencia al medio donde trabajó antes de su llegada al canal del estado: un canal de televisión por cable, Cable Mágico Cultural, donde también conducía un programa cultural si bien con un nombre distinto: *A solas con Marco Aurelio Denegri*. En el registro audiovisual que hay de este programa en *Youtube* se puede ver que el mismo ni siquiera contaba con un fondo particular: la imagen de su conductor se recorta sobre un vacío azas oscuro. No era la caverna, pero se le parecía.

Este servicio de televisión por cable era ofrecido por la empresa transnacional Telefónica cuya sede está en España (la empresa ahora lleva el nombre de Movistar). Un servicio que entonces –fines de los años 90– solo se ofrecía en la capital, Lima.

Según contó Denegri, cierto día fue informado de la llegada de un importante personaje proveniente de la sede de la empresa en España: este reemplazaría a quien ocupaba un alto cargo directivo en la filial de Lima. ¿El cargo era el de gerente o director general? Denegri lo mencionó, pero quien escribe estas líneas ha olvidado ese detalle. En cualquier caso, era de tan alta jerarquía que se imponía organizar una reunión de carácter institucional para que los trabajadores de la empresa conocieran al recién llegado y flamante mandamás. Reunión a la que Denegri, como un trabajador más, fue invitado a asistir. Sin embargo, llegó el día de la reunión y nuestro conductor no pudo o no quiso asistir –tampoco recuerdo este detalle–, pero lo peor y más grave fue la ausencia de quien era esperado con expectativa por los trabajadores: el nuevo alto directivo. En el último momento, este no se dignó a asistir. Referido el episodio, Marco Aurelio Denegri, pasó a valorarlo en los siguientes términos: dicha inasistencia equivalía a un desaire. No solo eso: este desaire, más allá de la anécdota, acusaba para él una tara histórica: el complejo de superioridad que aún tiene cierto sector de la sociedad española con relación a los pueblos de Latinoamérica.

De hecho, durante otra miscelánea, Denegri volvió sobre el tema –si bien someramente– y ofreció otro ejemplo, este más cercano en el tiempo y de gran resonancia

mediática: la orden que le espetó el rey Juan Carlos de España al presidente de Venezuela Hugo Chávez durante una cumbre de jefes de estado: “¡Por qué no te callas!”.

Era el año 2006 y mientras Chávez venía de ser reelecto por su pueblo, el rey parecía encerrado en la costra del antiguo régimen: representaba al suyo por una cuestión de sucesión o herencia real. “¡Porque no te callas!”, más de un diario latinoamericano incluyó dicha expresión en su portada del día siguiente. Ahora bien, puesto en el lugar de Chávez, Marco Aurelio Denegri señaló que él al punto hubiera respondido “¡cállate tú!”. El mandatario venezolano, por cierto, no cayó en la provocación y tomó la grosería real como de quien venía. Las reacciones desaforadas se sucederían en los días siguientes entre los propios latinoamericanos: unos a favor y otros en contra de las palabras del rey. Ni que decir tiene que la elite limeña las aprobó con un entusiasmo casi cortesano: postura consecuente con su propia tara histórica ya analizada por Sebastián Salazar Bondy en su libro *Lima, la horrible*. Sin embargo, bien mirado, todas estas reacciones acusaban en el fondo un mismo desencuentro o una misma fractura histórica.

Honda, telúrica, ancilar, está fractura es real: la conquista y siglos de coloniaje europeo la prohicieron y ahora, a través de las capas de modernidad o postmodernidad, aflora de distintas formas. Cuanto más en una época de crisis sistémica como la nuestra con un modelo neoliberal que agrava, a fuerza de excluir a los de siempre, este tipo de fracturas históricas.

Fractura a la que no es ajena el mundo académico, por cierto, como se evidenció durante la entrevista que le hizo Marco Aurelio Denegri al historiador José Antonio del Busto a propósito de ese episodio liminar de la historia peruana: la conquista. Así, más allá de la objetividad y sapiencia con la que ambos abordaron el tema, apuntaron sus respectivas parcialidades. Acaso fue la mejor entrevista que los seguidores de *La función de la palabra* tuvimos ocasión de ver, incluso por encima de la hecha por su conductor a Cesar Hildebrant. Hacia el final de la entrevista, el entrevistador puso en evidencia no ya el hispanismo, sino el pizarrismo de su entrevistado: solo tuvo que leer unas líneas sublimatorias que figuraban en un libro escrito por este último sobre el conquistador español. Fue una lectura elocuente y con un punto de ironía ya que para Marco Aurelio Denegri, Pizarro no era tanto un conquistador como un invasor o, peor aún, un hombre de botín. Ya en su momento había

cuestionado que la efigie de este personaje se alzara en la Plaza Mayor de Lima y se alegró, después, de que la retirasen definitivamente. ¿Acaso los mexicanos tienen una efigie de Hernán Cortes en la Plaza del Zócalo?, había inquirido Denegri.

En el fondo, esta pregunta se ahondaba en otra: ¿cómo se podía tener esa falta de dignidad, de sentido de soberanía?

Y no otra cosa pareció preguntarse Denegri cuando, durante otra entrevista, juzgó de “repugnante” la actitud del presidente Alejandro Toledo con relación a la política exterior de los Estados Unidos. Era el año 2002 y como casi todos los mandatarios sudamericanos de entonces, también el de Perú había secundado la ofensiva militar del país de la libertad en Medio Oriente.

Denegri emitió este juicio en el curso de una entrevista que le hizo a Abelardo Sánchez León, entonces director de la revista *Quehacer*. Minutos antes, se había expresado en términos positivos del general Juan Velasco Alvarado al referir la ingente popularidad de la que este gozaba y que no menguó luego de su derrocamiento. ¿Fue nuestro conductor velasquista o cercano al velasquismo?

La imagen que tiene mi generación y las siguientes de Marco Aurelio Denegri es la de un hombre solo, literalmente solo ante la cámara, pero en plena posesión de un saber enciclopédico y de una retórica personal única para comunicarlo a través de su programa, *La función de la palabra*. Transmitido por las pantallas del canal del estado desde el año 2000, no muchos saben, empero, que se trató en realidad de un regreso. Porque Denegri tenía una larga, aunque interrumpida, trayectoria conduciendo programas culturales en el canal 7, el canal público (de ahí también el rol fundamental que le confería al estado nacional como promotor de la cultura). Sin embargo, su debut televisivo fue en el canal 11, a inicios de la década de los 70, durante el gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado.

Era el año 1972 y aunque el “gobierno revolucionario de las fuerzas armadas” apenas tenía unos pocos años en el poder, ya había liquidado a la oligarquía de entonces (ni que decir tiene que esta se reconstituiría luego sobre otras bases siguiendo la ley de hierro de toda oligarquía). De hecho, la primera medida que implementó fue la nacionalización de los campos petroleros de La Brea y Pariñas y la refinería de Talara, todos bajo el poder de la IPF,

empresa estadounidense. El día en que el estado peruano tomó posesión y ejerció soberanía sobre esos recursos se declaró entonces como el “Día de la Dignidad Nacional”. Otra medida radical llevada a cabo por el gobierno militar consistió en decretar la Reforma Agraria: se desconcentrabá así la posesión de la tierra en manos de unos pocos señores y se liberaba del yugo terrateniente a miles de campesinos.

No menos radical y polémica fue la medida que consistió en expropiar todos los canales de televisión privados. Sin embargo, todo parece indicar que Marco Aurelio Denegri no tuvo ningún problema en seguir conduciendo su programa cultural en el canal 11. Luego, durante la segunda etapa del gobierno militar, de claro signo restaurador, bajo la presidencia del general Morales Bermúdez –quien había derrocado al general Velasco– estos medios fueron devueltos a sus “dueños”. Entre tanto, Marco Aurelio Denegri había entrado a trabajar al canal del estado, aunque no por mucho tiempo: diferencias no tanto de orden político como de autonomía con relación a la conducción de su programa precipitaron su salida (según contó alguna vez Denegri, le negaron la posibilidad de entrevistar a Chabuca Granda por no ser una artista exclusiva del canal. Sin embargo, él igual la invitó a su programa y la entrevistó). Con todo, su regreso al canal del estado solo fue cuestión de tiempo y ya en los primeros meses del gobierno civil de Fernando Belaunde Terry tenía ahí un nuevo programa cultural: *Contrapunto*. En realidad, se trató de un regreso y una nueva despedida: a ojos de algunos, Denegri estaba señalado por la sombra del velasquismo. Así, desde el primer día, el programa fue objeto de una cruenta campaña por parte del diario *Expreso* que había puesto en la picota las cabezas de los panelistas del mismo cuando no la de su propio conductor, Marco Aurelio Denegri. Y es que el formato de *Contrapunto* incluía un par de panelistas que el diario de marras acusaba de velasquistas o filovelasquistas, a saber: el escritor José Adolph y el intelectual Leopoldo Chiappo. ¡Era la palabra de tan eximios personajes de la cultura peruana contra la campaña desatada por el diario *Expreso*! Velasquistas, senderistas, chavistas, comunistas, la demonización, en suma: como siempre la idea era, y es, agitar la sombra de algún espantajo hasta el vértigo o las heces. Según contó el propio Denegri en el curso de una entrevista que le hizo a Nicolás Lynch a propósito del tema de la democracia, *Contrapunto* fue cancelado unilateralmente.

Más de quince años estuvo Marco Aurelio Denegri al frente de la conducción de *La función de la palabra*. Durante ese lapso de tiempo, el Perú tuvo cuatro presidentes; sucesivamente entraron a palacio en medio de la expectativa del pueblo peruano y salieron de ahí más ricos que cuando entraron, pero repudiados por el mismo pueblo al que ellos decían servir. Alejandro Toledo, Alan García, Ollanta Humala y Pedro Pablo Kuczynski Godard, a su paso por el poder todos y cada uno de ellos acabaron desapareciendo del mapa político; ellos y sus partidos. Y es que preferían mil veces sacrificar su caudal político en el altar del neoliberalismo y así abundar en un continuismo entreguista, privatizador y antipopular.

De ese modo, el modelo permanecía y con él, penetrada de su propia hez, la caverna.

¿Qué hacer?

Durante otra miscelánea, Marco Aurelio Denegri recordó su amistad con el actor Orlando Sacha entonces ya fallecido. Como toda amistad íntima, esta no estaba exenta de confidencias y Denegri contó una que le hizo el gran actor.

Argentino radicado desde muy joven en el Perú, Sacha había hecho toda su trayectoria artística en su país de adopción y dejado una huella imborrable en la historia del cine peruano: protagonizó algunas de las películas de mayor renombre en los años 70 (*Muerte de un magnate* o *Avisa a los compañeros*, por mencionar solo dos). Sin embargo, en las décadas siguientes, sería más conocido por su participación en otras tantas producciones para la televisión: tortuosos culebrones, bajamente románticos, que se transmitían por el mayor canal privado de entonces: Panamericana Televisión. El mayor y uno de los primeros en verse en las pantallas de la televisión peruana: Panamericana empezó a operar desde inicios de la década del 50 del siglo pasado. De ahí las ínfulas de pionero o emprendedor que tenía su fundador y entonces propietario: Genaro Delgado Parker, también conocido en su momento como el “broadcaster” o el “zar de las telecomunicaciones”.

Cáustico y taimado, este personaje era un miembro conspicuo de la elite limeña. Y se volvió tanto más conspicuo al protagonizar uno de los “vladivideos” que, en su momento, salieron a la luz pública: grabaciones ocultas que hacía el asesor de Fujimori, Vladimiro Montesinos, de las reuniones que sostenía en privado con muchos miembros de esa élite rancia y decadente (militares, banqueros, jueces, dueños de grandes medios de comunicación y hasta personajes de la farándula televisiva). Algo así como una especie de serial pornográfico del poder corrupto en el Perú.

La publicación del primer “vladivideo” en el año 2000, precipitó el desmoronamiento del régimen corrupto de Alberto Fujimori.

En realidad, Genaro Delgado Parker compareció ante Vladimiro Montesinos como propietario no de Panamericana Televisión, sino de Red Global: un canal mucho más pequeño y con menos historia, pero que contaba con un programa conducido por Cesar

Hildebrant *Enlace Global*: entonces el único programa de periodismo independiente de la televisión peruana y, en consecuencia, azas incómodo para el régimen de Alberto Fujimori. La casi total fujimorización de la caverna era entonces patente. Precisamente, Genaro Delgado Parker acudía a Montesinos para que este interviniese a su favor en diversos procesos judiciales que tenía abiertos cuando no para que le ayudase a recuperar Panamericana Televisión: a cambio el empresario le ofrecía dar en el trasto con *Enlace Global*. Hildebrant enterado de la felonía de Genaro Delgado Parker, discutió con él en vivo y en directo durante la última emisión de su programa y renunció al punto de Red Global.

Volviendo a Orlando Sacha, este toda su vida había sido actor: bajo su mirada habían pasado toda suerte de guiones para el cine y la televisión. Sin embargo, él mismo venía trabajando en el guion de una telenovela: un guion diferente que acaso, pensó, –estoy especulando– lo redimiría de su participación en esos culebrones lamentables. En cualquier caso, la confidencia que hizo a su amigo Marco Aurelio Denegri no fue tanto de la existencia del guion en mención como de lo que pasó con este una vez que estuvo terminado. Y es que Sacha le propuso a Genaro Delgado Parker producirlo y llevarlo a la pantalla chica, vale decir, a la pantalla de Panamericana Televisión.

En respuesta, el dueño del canal pidió leer primero el guion antes de tomar una decisión.

Y la decisión tomada al cabo fue rechazarlo. ¿Por qué? Según le contó Sacha a su amigo Denegri, el empresario le dijo que el guion era bueno, y aun muy bueno, pero que tenía algo malo: “ideas”. Y él, Genaro Delgado Parker, no hacía televisión para propalar “ideas”. Con una sinceridad rayana en el cinismo, el empresario confirmaba así algo que, por supuesto, Marco Aurelio Denegri ya sabía: la televisión comercial es ajena al mundo de las ideas. En ese sentido, esta apela a lo que hay de más elemental en nosotros: creencias, prejuicios cuando no meras pulsiones. La caverna en todo su sordo oscurantismo. De ahí que nuestro conductor afirmara, más de una vez, que dicha situación nos emparenta peligrosamente con el resto de mamíferos, pues lejos de poner a contribución nuestra capacidad de abstracción y reflexión, más bien la anula. Ahora bien, lo que sí era nuevo en la confidencia de Sacha eran las palabras del empresario. Evidente declaración de parte, hecha por alguien que formaba parte de la elite del poder.

Ni que decir tiene que Marco Aurelio Denegri denunció esta situación hasta casi el final de su programa cuando no de su vida. En ese sentido, el pesimismo que se le imputaba solo era de su intelecto, no así de su voluntad. Durante los más de quince años que condujo su programa en el canal del estado, nunca flaqueo esta última a la hora de batirse contra este oscurantismo televisivo y ofrecer su propuesta cultural o contracultural a los televidentes peruanos. Nunca claudicó en su ánimo contestatario. Nunca acabó “amortajado por lo establecido” para usar la expresión de Francisco Umbral. De hecho, en el curso de una entrevista, hecha en el año 2015, planteó la cuestión a su entrevistado, el sociólogo Arbocó de los Heros, con un verso de Cesar Vallejo: “Señor Ministro de Salud: ¿qué hacer?”. Y, ciertamente, ¿no es un problema de salud pública toda la hez –brutalidad, amarillismo y sensacionalismo abyecto- que propala la televisión? Su propia virulencia política, bajamente política, durante ciertas coyunturas electorales ¿no intoxica o envenena el clima político?

“¿qué hacer?”.

Según dijo Marco Aurelio Denegri en aquella ocasión esa interrogante era “leniniana”.

Marco Aurelio y yo

No pocos años estuvieron refundidos en un rincón de mi cuarto: son seis casetes de vhs, y de las treinta y seis horas de grabación que contienen, la mitad corresponde a episodios de *La función de la palabra* grabados entre el año 2002 y el 2003.

Tres años antes, en el verano de 1999, yo había visto por primera vez al maestro en la televisión. Estaba de visita en la casa de mis abuelos en Lima y andaba prendado de su servicio de televisión por cable: tenía muchos más canales de los que ofrecía la incipiente empresa que operaba en Barranca, mi ciudad. ¡Cuántos canales de los más diversos géneros! Así, una noche mientras hacía *zapping* a solas –esperando hallar alguna película para adultos, la verdad– recalé en un programa insólito: este era conducido por un viejo de anteojos de aspecto tanto más lúgubre por cuanto su figura se recortaba sobre un fondo negro. El canal que transmitía ese programa era Cable Mágico Cultural. Casi no lograba oír lo que decía el viejo de anteojos –tenía el volumen de la televisión casi al mínimo para que no la escuchara mi abuela– y casi en seguida cambié de canal.

Con las primeras luces (y sombras) del nuevo siglo, Marco Aurelio Denegri, sin embargo, regresó a trabajar al canal del estado, mientras que yo por mi parte me trasladé a Lima para cursar estudios superiores desde mi natural Barranca. Entonces yo era un adolescente universitario y mi pronta adhesión al pensamiento crítico de izquierda no fue tanto por los cursos de economía que entonces seguía en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos como por lo que ocurría fuera de las aulas entre compañeros y amigos tan inquietos como yo. Y que como yo por primera vez abrían los ojos a la enorme farsa que nos rodeaba no solo a nivel nacional, sino mundial. Todo esto como resultado de nuestras lecturas iniciáticas, pero en mi caso había algo más: *La función de la palabra*, programa televisivo conducido por Marco Aurelio Denegri.

Por esos días, yo había leído admirado un par de obras de Mario Vargas Llosa, pero ignoraba todo sobre Noam Chomski, referente intelectual indiscutible de la izquierda mundial. Sin embargo, mi pronta desafección por el primero, a propósito de sus posturas políticas, recibió un gran espaldarazo durante aquella emisión de *La función de la palabra*

en la que su conductor hizo una comparación en el plano intelectual entre ambos personajes. Como ya señalé, nuestro nobel salió muy mal parado de dicha comparación. Lamentablemente, no llegue a grabar ese episodio en mi videocasete y no guardo registro audiovisual del mismo ni tampoco lo he hallado en la web. Y otro tanto ocurre con algunas de las declaraciones de Denegri que he trasladado de memoria en este ensayo, las menos (de otras sí tengo registro audiovisual y en cuanto al resto pueden ser halladas y reproducidas en *Youtube*).

En todo caso, todas las declaraciones de Denegri consignadas aquí, me causaron viva impresión al momento de escucharlas y calaron hondo en mi recuerdo.

Ni que decir tiene que, desde entonces, me volví un gran admirador de Noam Chomski. De hecho, tuve la oportunidad de verlo físicamente unos años después, en el 2006, cuando llegó al Perú y vino San Marcos a ofrecer una conferencia magistral en el auditorio del rectorado. Oportunidad tristemente desaprovechada (como otras tantas en mi vida): la cola para ingresar al auditorio era larguísima y en cierto momento avisaron a quienes todavía estábamos en ella que la capacidad del recinto estaba agotada. Así, tuve que resignarme a verlo en el auditorio de la biblioteca central: ahí se habilitó una transmisión en simultaneo de la conferencia a modo de consuelo para quienes se hallaban en mi situación.

Sin embargo, a quien si vi personalmente por esos años san marquinos fue al propio Marco Aurelio Denegri.

También él vino a San Marcos a ofrecer una conferencia, aunque esta tuvo lugar en el auditorio de la facultad de letras. Y no me bastó con ser parte del auditorio y escuchar la disertación del maestro, sino que una vez terminado el evento lo seguí con otros compañeros hasta una de las oficinas de la facultad donde estuvo departiendo por un espacio de breves minutos con algunos profesores y autoridades. Afuera, expectantes, los compañeros y yo podíamos verlo a través del cristal providencial que tenía la puerta de la oficina: vestía de terno y estaba de pie con un vaso ¿de vino? en la mano. Me causó impresión ver lo alto que era. Alto, largirucho y desgarbado, tal y como él había descrito, cierta vez en su programa, la apariencia física de otro intelectual señero del Perú: Sebastián Salazar Bondy.

Unos minutos después, la puerta de la oficina se abrió y, apenas vimos salir al maestro, nos acercamos a él para saludarlo. Y aunque condescendió a repartir apretones de mano a quienes nos habíamos quedado ahí esperándolo, no disimuló su intención de retirarse de inmediato. Así, mientras los escoltábamos hasta el taxi que estaba esperándolo en el parqueo que está frente a la facultad de contabilidad, cada uno le formuló una pregunta. La mía, recuerdo, tenía que ver con un libro recomendado por él mismo en su programa: *Budismo Zen y Psicoanálisis*, escrito en coautoría por Erich Fromm y D.T. Susuki. Entonces aún no había adquirido el libro y mi interrogante era sincera: “Maestro, el budismo ¿es una religión o una filosofía?”. Acaso no me importó tanto su respuesta como la gravedad de su presencia a mi lado. Lo cierto es que no recuerdo exactamente lo que contestó –creo que dijo que era una filosofía– y antes de que cualquiera de nosotros pudiera formularle otra pregunta ya veíamos a nuestro ídolo abordar el taxi que lo sacaría de San Marcos. Nunca más volví a verlo personalmente.